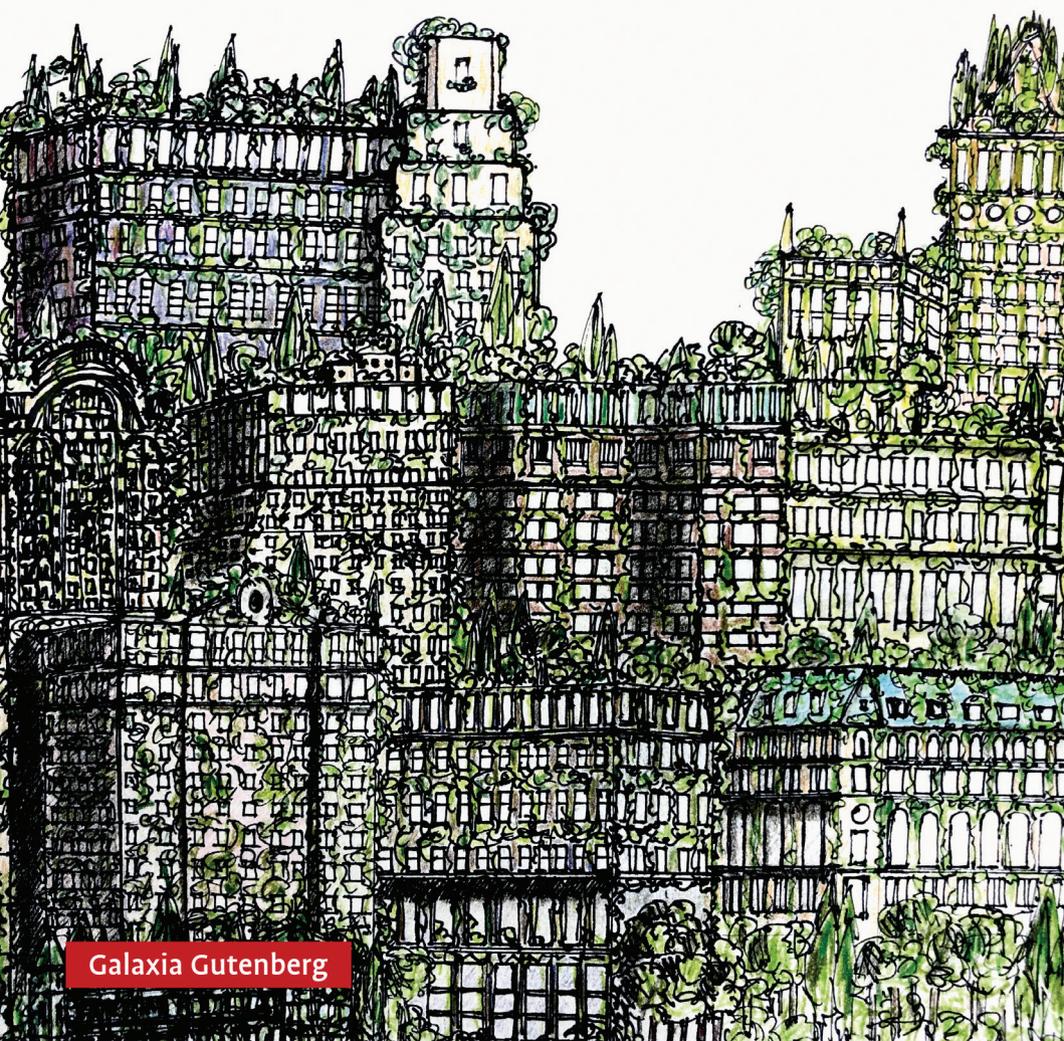


Stefano Mancuso

La planta del mundo



Galaxia Gutenberg

STEFANO MANCUSO

La planta del mundo



Con dibujos del autor

Traducción de
David Paradela López

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *La pianta del mondo*
Traducción del italiano: David Paradela López

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2021

© Gius. Laterza & Figli, 2021
Reservados todos los derechos
© de la traducción: David Paradela, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 149-2021
ISBN: 978-84-18526-15-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Paola y Sonia



Índice

Prólogo	9
I. La planta de la libertad.	15
II. La planta de la ciudad.	41
III. La planta del subsuelo	67
IV. La planta de la música	83
V. La planta del tiempo	95
VI. La planta de la sabiduría	117
VII. La planta del crimen	145
VIII. La planta de la Luna	161
Notas	169

Prólogo

Tras décadas de relación con las plantas, creo percibir su presencia no solo en todos y cada uno de los rincones de nuestro planeta, sino también en las historias de todos y cada uno de nosotros.

Al principio creía que el hecho de tener una especial sensibilidad hacia el mundo vegetal era la consecuencia lógica de mi simpatía por estos seres silenciosos, y que por eso, como siempre ocurre cuando alguien desarrolla una fuerte afición a algo, empezaba a ver por todas partes el objeto de mi interés. Quienes se hayan enamorado alguna vez sabrán de lo que estoy hablando: es esa extraña sensación de que todo lo que contiene el universo, por lejano o insignificante que sea, se nos antoja relacionado con aquello que amamos. Cada suceso, cada canción, incluso el tiempo o las baldosas que pisamos por la calle, todo halla un eco perceptible en nuestra situación amorosa. Recuerdo un relato muy divertido de Maupassant que leí cuando era niño en el que se hablaba de una señora que, cada vez que se enamoraba, cosa que ocurría con cierta frecuencia, transformaba radicalmente su mundo y ponía la profesión de su nuevo amante en el centro de sus intereses. Si se enamoraba de un abogado, no hablaba más que de códigos y procesos; si era boticario, el mundo se llenaba de fármacos y medicamentos; si jinete, todo eran caballos, sillas y jaeces. Me imagino que todo el mundo conoce algún caso similar. Es uno de los motivos por los que las personas enamoradas son insoportables.

De modo, pues, que empecé a preguntarme si el que yo no viera más que plantas por todas partes –en cada rincón del planeta, en cada historia humana, en el origen de cada suceso– podía deberse quizá a una especie de enamoramiento verde, análogo al de la señora de Maupassant. Después de mucho reflexionar al respecto, creo que puedo decir con cierta confianza que la respuesta es no. Estoy razonablemente seguro. Que yo viva con las plantas, que las estudie y que ocupen sin duda el centro de mis intereses no tiene nada que ver con que se me aparezcan en el origen de todas las cosas, sino que no es más que una consecuencia de su ingente número y del hecho de que sean la base de la vida en nuestro planeta. Y eso es un dato indiscutible: los animales representamos tan solo un mísero 0,3 % de la biomasa, mientras que las plantas conforman el 85 %. Cae por su propio peso que cualquier historia que hable de nuestro planeta tendrá, de una forma u otra, a las plantas como protagonistas. La Tierra es un mundo verde, es el planeta de las plantas. No es posible hablar de él sin tropezar con sus habitantes más numerosos. Si a menudo las plantas se hallan ausentes de nuestra experiencia o revisten un papel de simples comparsas, ello se debe a que hemos desterrado de nuestro horizonte perceptivo a estos seres de los cuales depende la vida en la Tierra.

Sin embargo, en cuanto dejamos de mirar el mundo como si fuera el patio de recreo del ser humano, no podemos por menos de reparar en la ubicuidad de las plantas. Se hallan por doquier y sus aventuras se entrelazan inevitablemente con las nuestras.

Una vez le preguntaron al compositor inglés sir Edward Elgar que de dónde salía su música. Su respuesta fue: «Lo que creo es que la música flota por el aire, que siempre hay música a nuestro alrededor, el mundo está lleno de música y podemos servirnos de ella tanto cuanto sea necesario».¹ Con las plantas ocurre lo mismo que con la música para Elgar: se encuentran literalmente por todas partes, y quien quiera escribir sobre ellas solo tiene que escuchar sus historias y contarlas, sirviéndose de ellas tanto cuanto sea necesario.

Y así nació este libro: espigando aquí y allá historias de plantas que, entrelazándose con el devenir humano, se unen las unas a las otras para formar el gran relato de la vida en la Tierra. Como ocurre en el bosque, donde cada árbol se relaciona con los demás en virtud de una red subterránea de raíces que los une hasta formar un superorganismo, así también las plantas conforman una nervadura, un mapa (una «planta») sobre el cual se construye el mundo en que vivimos. No ver esta planta —o peor, desdeñarla— por creernos por encima de la naturaleza constituye uno de los principales peligros para la supervivencia de nuestra especie.





Ficus macrophylla. Este árbol gigantesco, fastuoso, aparentemente inexpugnable, necesita para reproducirse a un determinado insecto, *Pleistodontes froggatti*, sin el cual los higos, infecundados, caen al suelo sin madurar. Como la libertad, es sólido y majestuoso, pero difícil de reproducir.

La planta de la libertad

Desde que tengo memoria, siempre he sentido una irresistible atracción por el papel. A los tres años me enamoré de mi maestra de guardería y, ya después, del papel. Esta segunda pasión mía pervive intacta desde la infancia y me acompaña desde mucho antes de que empezase a interesarme por las plantas y similares. Uno de mis primeros recuerdos de emancipación tiene que ver, justamente, con el papel. O con los tebeos, para ser exactos. En aquel entonces, era como si los tebeos salieran directamente de las generosas manos de mis padres u otros allegados, quienes, a intervalos más o menos regulares y por motivos relacionados casi siempre con determinados logros o festividades, me regalaban aquellas historietas fantásticas narradas en viñetas. Yo, claro está, sabía que los tebeos se compraban en aquellos deliciosos establecimientos llamados quioscos, espacios sagrados donde solo podían entrar los adultos y, por tanto, para mí tan inaccesibles como las cumbres del Olimpo. Hasta que un día –tendría yo siete años–, durante unas vacaciones en Roma, tropecé de forma inesperada con el primer puesto de tebeos de segunda mano de mi vida. Niños de mi edad, con y sin padres, adultos, hombres y mujeres..., todos podían disfrutar de las maravillas de la imprenta, sin discriminación de ninguna clase. Ni siquiera de poder adquisitivo. Las cien liras que costaba cada tebeo (cinco por cuatrocientas liras) estaban al alcance de mis posibilidades económicas. Es más, mi padre me hacía llevar siempre un billete de mil liras «por si surge alguna eventualidad». Hasta ese día, nun-

ca había entendido qué quería decir con eso de la eventualidad. Invertí las mil liras en doce números (consecutivos) de *El comandante Mark*. Fue un momento mágico.

Desde entonces, primero con los tebeos y después con los libros, los puestos de segunda mano han sido para mí una presencia cotidiana. En Florencia, he seguido el rastro de algunos que con los años han ido cambiando de propietario y dirección, y aunque ninguno me ha marcado tan profundamente como aquel primer tenderete en Roma, son muchos los libros descubiertos en puestos de medio mundo que han dejado un recuerdo indeleble en mi memoria. Como el día que, en el *Marché du Livre Ancien et d'Occasion* George Brassens de París, cayó en mis manos un librito en cuya portada lucía este magnífico título: *Essai historique et patriotique sur les arbres de la liberté*.

El mercadillo al que me refiero es uno de esos lugares que nadie que comparta mi pasión enfermiza por los libros de viejo y viva o esté de visita en París puede dejar de visitar. Todos los sábados y domingos, entre cincuenta y sesenta *bouquinistes* se reúnen junto al parque y el mercado dedicados a George Brassens, en el xv *arrondissement*, para exponer su mercancía ante un nutrido grupo de afanados bibliófilos. Entre nosotros nos reconocemos a la legua. Somos siempre los mismos, nos cruzamos en los mismos lugares, siempre deseosos, un fin de semana tras otro, de revolver entre esas pilas informes donde los volúmenes se amontonan sin orden ni concierto. Hay quien desde hace años corre a la caza y captura del único número que le falta para completar una oscura colección de principios del siglo xx, o quien atesora libros que tratan de asuntos improbables, como las máquinas de café (en serio, los he conocido), la historia de Finlandia, las armas japonesas o los microorganismos del suelo.

La mayoría son estudiosos que, después de años indagando en temas enigmáticos, se han quedado aprisionados en el mundo de sus investigaciones. Bueno, admito que en realidad no somos tan distintos: también yo deambulo por esos tenderetes a la búsqueda de libros que hablen de árboles y plantas, a ser posible publicados

antes de principios del siglo XIX. Aquí, tras años de escarbar hasta la extenuación –casi todos los sábados por la mañana de mi vida adulta que haya tenido la suerte de encontrarme en París–, he ido reuniendo una imponente colección de libros abstrusos, olvidados y absolutamente marginales cuyo único elemento común consiste en que tienen las plantas como tema principal.

Los sábados, el mercado abre a las nueve. Esto significa que los fanáticos de verdad estamos ahí esperando a las ocho en punto. Nos encontramos en un bar que está delante del mercado, armados con nuestras enormes mochilas vacías y la esperanza de llenarlas, e intercambiamos un tímido saludo. Muchos nos conocemos de vista desde hace años, a menudo incluso sabemos el nombre y profesión de los demás, pero nunca hemos mantenido una conversación propiamente dicha. Nos tomamos un café y nos miramos con suspicacia, sobre todo entre rivales con gustos parecidos. Es como una especie de maldición: sea cual sea tu área de interés, siempre tendrás que rivalizar con alguien.

También yo, claro está, tengo a mi antagonista. Es un señor mayor, alto y magro como un junco, con la piel oscura y mustia como si la hubiera puesto a secar durante años al sol del desierto, y siempre va vestido con el que parece ser el mismo impermeable de color claro, tanto en verano como en invierno. Insensible al clima, como los buenos cazadores de libros: lo mismo da que llueva, nieve o sople un vendaval, que haga un frío polar o un calor achicharrante, él no falla nunca. Todos los sábados a las ocho, pasea entre los puestos con una leve cojera que emplea como arma para disimular su ferocidad. Uno se cree que al hombre le cuesta moverse y, sin embargo, cuando algo le llama la atención, se encarama a esos enormes montones de libros con la agilidad de un adolescente. Yo porque ya lo sé, pero su aparente fragilidad se cobra muchas víctimas entre los neófitos.

¿Fragilidad? No sabe ni lo que es. El tipo es más duro que la madera seca de la que parece estar hecho. ¡Y qué aguante tiene, el condenado! No se cansa nunca, examina meticulosamente cada pila de libros y no hay sábado que, al final de la jornada, no

se vaya a casa con su mochila hasta los topes de pesados volúmenes. Una vez oí que uno de los librereros lo llamaba «*professeur*», y otro, «Henri». Así pues, lo único que sabía de mi adversario era su nombre y profesión, además de que era un comprador temible aficionado a la botánica y a la Revolución francesa. Y de que me caía antipático. Se abalanza sobre los libros como una comadreja en la madriguera de un conejo y siempre sale con algo entre las manos. Cuando nos cruzamos, tengo la impresión de que me observa con unos ojos donde se mezclan a partes iguales suficiencia y regocijo. Nos vigilamos a distancia y, por regla general, al comienzo de la jornada nos dirigimos cada cual a una punta del mercado, en busca de libros recién descargados, mirándonos con cara de pocos amigos, cada uno con la esperanza de ser el primero en dar con algo que pueda suscitar el interés del otro. Un *sinvivir*, de verdad.

Fue durante una de estas pugnas con el profesor Henri que cayó en mis manos el famoso librito. Estaba protegido con un forro de plástico, como esos que de pequeños les poníamos a los libros del colegio. No sé si todavía se hace, pero cuando yo era pequeño me encantaba forrar los libros al inicio del curso. Por eso, y solo por eso, por el recuerdo de mis años escolares y por la curiosidad de saber de qué trataba, tomé entre las manos lo que al principio me pareció que no era más que un cuadernillo. Empecé a hojearlo distraídamente y, para mi gran sorpresa, bajo aquel forro anodino, apareció una bella encuadernación en piel de finales del siglo XVIII. A mi lado, el profesor Henri —que, como los camaleones, parecía tener dos ojos independientes: uno para buscar libros y el otro para no perder ripio de cada uno de mis movimientos— reparó en la encuadernación del setecientos y se quedó como paralizado. Lo tenía en mis manos. Con una malicia de la que no me creía capaz, incliné el libro y continué hojeándolo sin que él pudiera ver, dejando que lo corroyera la duda. Llegué a la portada y, al descubrir por fin de qué trataba, saboreé mi venganza. Como un jugador de póker al que acaban de repartirle una escalera real, fingí cierta expresión de chasco que deleitó al profesor, hice ade-

mán de dejar el libro de nuevo en el montón y acto seguido, como cambiando de idea en el último momento, le dije sin demasiadas ganas al librero: «Me lo llevo». Pagué lo que tocaba y lo aparté.

El profesor Henri no me quitaba el ojo de encima. Continuamos hojeando libros sin prestarles mucha atención. De vez en cuando, volvía a echarle un vistazo a mi librito y, con cierto fastidio, lo cerraba de nuevo. Por fin, el profesor cayó en la trampa. Durante un rato dio vueltas a mi alrededor hasta que, vencido por la curiosidad, me preguntó amablemente:

–Perdone, *monsieur*, ¿me permitiría ver el libro que acaba de comprar?

–Claro, cómo no, mírelo tranquilo.

El profesor lo hojeó por encima, llegó a la portada y se quedó petrificado ante el formidable título: *Essai historique et patriotique sur les arbres de la liberté*, escrito por un tal Grégoire. Incapaz de apartar la vista del volumen, el profesor seguía pasando páginas como si no diera crédito.

–¿Se ha fijado? –me permití señalar–. Se publicó en el segundo año de la República, en 1794, si no me equivoco. –Lo miré, incapaz de reprimir una sonrisa–. A saber cómo es posible que un libro tan interesante haya terminado metido en un forro como ese.

Enseguida me arrepentí de aquel exceso de crueldad. Para hacerme perdonar, y a la vista de la hora, le pregunté si podía invitarlo a almorzar. Me apetecía saber más cosas sobre él. Aceptó y nos dirigimos a una *brasserie* cercana.

Efectivamente, se llamaba Henri, Henri Gérard y era profesor de Historia. Le pedí que me hablase de su afición.

–Hace tiempo que lo veo revolver entre libros –empecé a decir–, pero creía que su afición era la botánica, no la historia. Sepa usted –proseguí– que, aunque hoy he sido yo el afortunado, hace años que sufro sus humillaciones cuando vengo a buscar libros de botánica.

Aquel reconocimiento de sus dotes como cazador de libros pareció aliviar, al menos en parte, la mortificación de unos minutos antes, y por un instante recuperó la sonrisa.

—Tiene razón en lo de la historia y la botánica. Son mis dos grandes pasiones.

Saqué el libro de la bolsa que había dejado en el suelo y, cuando le hube quitado el forro de plástico, pudimos comprobar que estaba en perfecto estado de conservación. Lo abrí por el frontispicio. Ni siquiera figuraba el nombre completo del autor; solo ponía: «*Par Grégoire, membre de la convention nationale*».

—Ya que es usted el experto en la Revolución, explíqueme algo de este tal Grégoire que escribió sobre árboles. ¿Dice que fue un abate?

El profesor me lanzó una mirada torva.

—¿De verdad no sabe quién fue Henri Grégoire, el párroco ciudadano? —me preguntó, como incapaz de creer tamaña barbaridad.

—No, nunca había oído hablar de él —respondí impertérrito.

El profesor tomó el libro y le dio vueltas sacudiendo la cabeza. No se podía creer que hubiera acabado en las manos de un ignorante como yo.

—En fin, ahora ya es suyo y nada se puede hacer —dijo mientras, con un suspiro, lo dejaba sobre un ángulo de la mesita—. Así, al menos, sabrá algo del autor cuya obra tan inmerecidamente ha adquirido. Esperamos que le sirva para apreciarla. Henri Grégoire, más conocido como el abate Grégoire, fue uno de los personajes más destacados y fascinantes de la Revolución, aunque no tenía ni idea de que también hubiera escrito un libro sobre los árboles de la libertad. Es más —añadió—, por la fecha de publicación, debió de ser de los primeros en escribir al respecto. —De pronto se quedó mirándome con atención—: Si este tema le interesa tanto como a mí, ¿por qué no se acerca a mi casa un día entre semana? Elija el día, tomaremos un café e intercambiaremos información sobre los árboles de la libertad. ¿Qué me dice?

Acepté al instante su invitación para el miércoles siguiente. El profesor me dio las gracias por el almuerzo, me dijo su dirección y, sin esperar siquiera a que acabase de apuntarla, regresó al mercadillo.

No lo seguí. Se me habían pasado las ganas de seguir hurgando entre libros, pero me había picado la curiosidad la historia de los árboles de la libertad, así que decidí quedarme sentado cómodamente en la mesita y dedicar el resto de la tarde a la lectura de mi Henri Grégoire.

Página a página, fui descubriendo el misterio de los árboles de la libertad. Ante todo, se trataba de árboles en el sentido literal. Temía que fuese una metáfora, pero no, eran árboles de verdad, con su tronco y sus hojas. Árboles que, durante la Revolución, se plantaron en distintas poblaciones de Francia, desde las aldeas más insignificantes a la capital, a la manera de símbolo real y tangible de los ideales revolucionarios. Una costumbre digna de admiración cuyos orígenes, no obstante, se hallaban en otra revolución: la de Estados Unidos.

En 1765, los ingleses aprobaron la tristemente famosa *Stamp Act* o ley del Timbre, por la cual se imponía el pago de una tasa por cada folio de papel impreso en las colonias norteamericanas. El papel debía provenir de Gran Bretaña y debía estar timbrado con un sello que certificase el pago del tributo. De ese modo, los ingleses podrían controlar todo cuanto se imprimiese en las colonias y, además, el dinero recaudado a través del impuesto contribuiría a sufragar los gastos de las tropas que defendían las fronteras. Las protestas no se hicieron esperar. En todos los territorios de Norteamérica gobernados por la monarquía británica se produjeron incidentes; al principio fueron leves pero, con el tiempo, se hicieron cada vez más frecuentes y violentos, y en ocasiones derivaron en auténticas revueltas contra la corona.

La más turbulenta de estas fue la que tuvo lugar en Boston el 14 de agosto de 1765, cuando una turba de colonos enfurecidos se congregó bajo un gran olmo del que colgaron un monigote que representaba a Andrew Oliver, el mercader bostoniano al que Jorge III había elegido como responsable de aplicar la ley, y una bota con la suela pintada de verde, en referencia a los dos ministros a los que se consideraba los verdaderos responsables de la tasa: el conde de Bute y lord George Grenville.¹ Ese primer

gesto público de desafío a la corona inglesa desembocaría, diez años después, en la Revolución norteamericana.

El olmo bajo el cual se reunieron los colonos de Boston acabó conociéndose como el Liberty Tree, el Árbol de la Libertad, y toda la zona de los alrededores –el lugar de encuentro de los manifestantes– pasó a llamarse Liberty Hall. Cuando en 1766, a consecuencia de las protestas, se derogó la ley del Timbre, las mayores celebraciones tuvieron lugar justamente bajo el olmo de Boston, adornado para la ocasión con banderines, cintas y farolillos. El árbol se convirtió en el símbolo más reconocible de la resistencia a los ingleses, y muchas otras ciudades no tardaron en dotarse de sus propios árboles de la libertad.

Como ocurre a menudo, obtener la categoría de símbolo no siempre es sinónimo de una vida apacible. Tampoco en este caso: el pobre olmo, que había sido plantado en 1646 y que, de no haberse convertido en árbol de la libertad, habría vivido tranquilamente unos cuantos siglos más, llegó de forma prematura al final de su existencia cuando, durante el asedio de Boston de 1775-1776, al principio de la guerra de Independencia, los ingleses y los lealistas bostonianos lo talaron para hacer leña. Este olmo de Boston fue, pues, el primer árbol de la libertad.

Pero si bien es cierto que los americanos fueron los primeros que adoptaron este símbolo, su difusión se debe sin duda a la Revolución francesa. Escribe el abate Grégoire en su libro que la primera persona de Francia que adoptó el árbol como símbolo de libertad y fraternidad fue un tal Norbert Pressac, párroco de Saint-Gaudens, en las proximidades de Civray, en el departamento de Vienne, quien en mayo de 1790 «hizo arrancar del bosque un roble de magnífico aspecto y mandó transportarlo a la plaza del pueblo, donde gentes de ambos sexos ayudaron a plantarlo». A continuación, el párroco arengó a la multitud diciendo: «Al pie de este árbol, recordaréis que sois franceses y, en la vejez, hablaréis a vuestros hijos de la época memorable en que lo plantasteis».

La idea de los árboles de la libertad caló hondo en el espíritu patriótico de la población francesa y su presencia se difundió ense-

guida por todo el país. Sin embargo, no siempre era fácil conseguir uno: en muchos pueblos no había árboles lo bastante imponentes. Además, y al margen de la Revolución, puesto que cada aldea, cada calle, cada casa incluso, quería que su árbol de la libertad alzase «su cabeza majestuosa» por encima de los demás, la gente se lanzó a los bosques en busca de los especímenes más extraordinarios para arrancarlos y convertirlos en árboles de la libertad. No debió de ser un periodo fácil para esos que hoy denominamos «patriarcas vegetales»: todo árbol de grandes dimensiones que creciera razonablemente cerca de un núcleo habitado tenía la suerte echada. Y dado que, como nos recuerda Grégoire, «el deseo de procurarse ejemplares gigantescos no permitía elegir árboles arraigados, el resultado fue que bien pronto se quedaron secos».

Para evitar la estampa, tan indigna, de una multitud de árboles de la libertad muertos por falta de raíces, la Convención emitió un decreto en virtud del cual «en todos los municipios de la República donde el árbol de la libertad haya perecido, se plantará uno nuevo entre hoy y el primero de germinal. Confíase su plantación y mantenimiento al cuidado de los buenos ciudadanos, a fin de que en cada municipio florezca el árbol de la libertad bajo la égida de la libertad francesa». El espíritu del decreto era evidente: un árbol muerto no puede ser el símbolo de una revolución eterna. «La naturaleza agonizante o muerta solo debe ser emblema del despotismo», recuerda Grégoire. Y viceversa: «La naturaleza viva y productiva, que se fortalece y prodiga sus ofrendas, debe ser la imagen de la libertad que ensancha sus dominios y hace madurar los destinos de Francia».

Debían ser, pues, árboles majestuosos y perfectamente sanos que poseyeran, además, una serie de características añadidas. Según el abate Grégoire, el árbol perfecto debe cumplir los siguientes requisitos:

1. Debe ser lo bastante fuerte para resistir el clima más frío, o de lo contrario un invierno riguroso lo haría desaparecer del suelo de la República.

2. Debe elegirse entre los árboles de mayores dimensiones y que se eleven hasta una altura de entre 24 y 40 metros, pues la fuerza y la magnificencia de un árbol inspira una sensación de respeto que se relaciona de forma natural con la cosa que simboliza.
3. Su circunferencia debe ocupar una determinada porción de terreno.
4. La extensión de su sombra debe ser tal que los ciudadanos puedan resguardarse de la lluvia y el calor bajo sus acogedoras ramas.
5. Debe vivir muchos años, y, puesto que no puede ser eterno, ha de elegirse al menos entre aquellas especies cuya vida se prolonga varios siglos.
6. Es preciso, en fin, que crezca aislado en todas las regiones de la República.

Es evidente que no todos los árboles cumplen semejantes requisitos y que pocos poseen la magnificencia necesaria para encarnar de forma digna la grandeza de la Revolución. El abate Grégoire no tiene ninguna duda: solo hay una especie que reúna las condiciones necesarias. El árbol de la libertad por excelencia tiene que ser un roble.

Al concluir la lectura del librito de Henri Grégoire, tenía por fin una idea bastante clara de lo que representaron los árboles de la libertad para la Revolución, pero no me sentía en absoluto preparado para hacer frente a la enorme erudición del profesor. Pasé, pues, los días que faltaban para el encuentro intentando recabar toda la información posible sobre este fascinante asunto. Leí cuanto encontré sobre el tema, aunque no averigüé mucho más de lo que ya me había enseñado el buen abate. La impresión que me daba era que aquella historia no resultaba demasiado conocida y que todo el mundo se limitaba más o menos a repetir lo que había leído en el libro del abate Grégoire, aunque pocos se acordaran de citarlo.

Se comprenderá así que aquel fatídico miércoles me pre-

sentase en el barrio del profesor con bastante antelación sobre la hora convenida y con unos nervios que me recordaron a cuando tenía que hacer un examen en la universidad. Su omnipresente impermeable y la tenacidad con que regateaba el precio de los libros –sumados a que, como se decía en el mercadillo, era un emigrante que había vuelto a la madre patria– me habían llevado a pensar que el profesor no nadaba en la abundancia. Me lo imaginaba viviendo en algún vecindario digno pero popular, aunque la dirección a la que llegué no tenía nada de popular. Al contrario. Las señas del profesor correspondían a un edificio imponente con un portal más imponente todavía, con su dintel sostenido por atlantes y demás. La fastuosidad del edificio resultaba tan incongruente con la imagen de Henri que por un momento pensé que quizá se había vengado de mí dándome una dirección falsa. Cerraba la entrada un enorme portón de hierro forjado y, por más que buscase, no conseguía encontrar ni timbre, ni interfono ni ningún otro sistema que me permitiera acceder. La situación se volvía ridícula por momentos. Había golpeado la puerta tímidamente ya un par de veces y me disponía a marcharme cuando el portón se abrió, dejando a la vista un elegante patio interior, y un portero, con uniforme y todo, me preguntó si era el invitado del profesor Gérard. Procurando disimular mi sorpresa ante el inesperado lujo del edificio, dije que sí. El portero me acompañó al ascensor.

–El apartamento de monsieur Gérard está en el cuarto piso. Lo está esperando.

El profesor estaba frente a la puerta de su apartamento, impecablemente vestido con un traje de sastre. Mi estupor debía de ser tan evidente que el hombre fue incapaz de contener una carajada estentórea.

–Adelante, amigo, y disculpe si hoy tengo un aspecto tan distinto del de la última vez que nos vimos. –Yo seguía mirándolo con cara de incredulidad–. La cosa no tiene ningún misterio, créame. Mi faceta de cazador de libros que conoció en el mercadillo es la verdadera. No se deje impresionar por las apariencias.